## ROUSSEAU

El Ayuntamiento de Montmorency ha iniciado una suscripción internacional para erigir en aquella villa una estatua á Juan Jacobo Rousseau. Quienes conozcan, aunque sea superficialmente, la biografía del célebre pedagogo suizo, comprenderán en seguida la razón que ha tenido Montmorency para tomar esa iniciativa, que á muchos parecerá un caso más, vulgarísimo, de la «manía estatuaria». Por el contrario, lo que puede asegurarse es que nada hay más natural y lógico como que Montmorency perpetúe en forma artística el recuerdo de Rousseau. Lo raro es que no lo haya hecho antes; porque si todo el mundo tiene derecho á glorificar al filósofo de cuyo pensamiento se han nutrido varias generaciones, nadie lo posee más fuerte, tal vez, que la linda villa de las cerezas, para glorificar al hombre. El amor á la Naturaleza y á la soledad, la misma misantropía enfermiza de Rousseau-que á tan desagradables estudios psicológicos ha dado pie recientemente-, encontraron en los campos y en el bosque de Montmorency lugar propio, medio adecuado para desarrollarse; y así, uno de los aspectos más intimos de la personalidad de Juan Jacobo, está ligado de modo muy estrecho con aquella pintoresca localidad de Francia.

Suprimir el período de estancia en Montmorency, equivale á dejar completamente manca é inexplicable la biografía de Rousseau; y no tanto porque ese período sea largo (de Abril 1756 á Junio 1762, contando el tiempo que residió en l'Ermitage) ó porque durante él haya escrito la Nueva Eloisa, el Emilio y el Contrato social y gozado de la amistad de Mme. de Epinay, de Mme. d'Houdetot y de la mariscala de Luxemburgo, sino, sobre todo, porque «allí se deslizaron los mejores años de su vida»; porque allí «encontró algunos momentos felices en medio de su gloria», los momentos de paz que convenían á un espíritu receloso v huraño como el suvo. Cierto es que también los gozó antes, de 1738 á 1740, en las Charmettes; pero este período, mucho más breve que el de Montmorency, se diferencia también de él esencialmente, porque entonces no habían aparecido aún las inquietudes más serias que trabajaron el espíritu de Rousseau. Después de 1762, no volverá Juan Jacobo à disfrutar de un tan dilatado reposo. Las tempestades levantadas por sus ideas, que herían muchas convicciones; las impertinencias de Teresa, que le creaban nuevas dificultades á cada paso, y el crecimiento progresivo de su manía persecutoria, le llevarán errante de aquí para alla, sin que encuentre otro sitio donde renovar, en duración y en sosiego, los días hermosos de Montmorency. La estancia en Motiers (Julio de 1762 á Septiembre de 1765) es breve y está surcada por disgustos é inquietudes frecuentes; y en la isla de San Pedro (otro lugar de reposo) sólo permanece seis semanas. Todo el que, sustravéndose á la declinación despreciativa ó malévola á que se han prestado, en las almas poco generosas, las revelaciones de la enfermedad padecida por Rousseau y de las pequeñas miserias de su conducta, siga amando la figura del filósofo ginebrino, verá con alegría elevarse la nueva estatua

y se asociará á la iniciativa que la crea.

No hace falta, para esto, ser un rusoniano por la doctrina, ni sentir fetichismo alguno por Juan Jacobo. Seguramente, el vulgo no comprende casi nunca que se pueda sentir interés ó afecto hacia las personas cuyas ideas no concuerdan con las nuestras, ó cuya tessitura moral no nos es simpática en todas sus partes. Pero los espíritus cultivados, si lo pueden comprender. ¿Cuál de entre ellos no sabe que la teoría del contrato social está hoy científicamente destruída y que ningún filósofo ni historiador del Derecho (á unos y otros toca) se proclama ya rusoniano? ¿Quién ignora que la pedagogía de Rousseau está á cien leguas, en su parte sistemática y reglamentaria, de la pedagogia de nuestro tiempo? ¿Quién no reconoce que hay en ella sin fin de candideces, de equivocaciones, de paradojas, que el sentido critico de nuestra época rechaza? Y sin embargo, no habrá un filósofo del Derecho que merezca ese nombre, un pedagogo que haya penetrado el espiritu y los problemas capitales de la ciencia de educar, que no mire con simpatía los libros de Rousseau, y que no los relea, seguro de encontrar en ellos un ambiente ideal que fecunde su pensamiento, una sugestión constante que emana, no de esta ó la otra proposición ya envejecida y refutada cien veces, sino del sentido intimo del discurso, de la savia original de aquel cerebro que, á pesar de todos sus desvarios, mereció ser un

maestro de los hombres de recta é iluminada intención.

Hace muchos años, cuando vo era un principiante en esos estudios y el Emilio una novedad para mi, escuché de labios de otro gran maestro un juicio que luego he recordado muy á menudo. «La primera vez que se lee el Emilio-decia-se saca la impresión de que todo él estaba ya en Montaigne y en Locke, y se maravilla uno de que adquiriese tan grande notoriedad y ejerciera tan enorme influencia en todo el mundo civilizado. Pero se lee segunda vez, pasado algún tiempo, madurado ya el espíritu por la experiencia de la vida y de la enseñanza, se le saborea y reflexiona, y entonces el libro adquiere una nueva expresión original y conmovedora, un sentido profundo que supera en importancia á todo lo que en él hay de heredado de otros libros; y á medida que se lee más, se comprende mejor que aquellas páginas, con todo lo que en ellas encontramos de erróneo los hombres de hoy, sugestionasen y sacudiesen al mundo entero.» De la exactitud de ese juicio responderán, seguramente, todos los que conocen el Emilio por algo más que extractos de segunda mano.

No es ocioso, aunque es muy sabido, recordar que la pedagogía rusoniana arrastró á todas las inteligencias de fines del siglo XVIII (el *Emilio* se publicó en 1762), aun á muchas de las que se colocaron de un modo resuelto frente á Rousseau, ó que, por sus convicciones filosóficas y religiosas, no podían en manera alguna aceptar ni el sensualismo de Juan Jacobo, ni su deísmo tan grato á los reformadores de la época. El fenómeno no es singular, sino muy frecuente en la historia de las ideas. Cuando por virtud de su propia subs-

tancia, de la fuerza de su penetración, llega una doctrina à remover hondamente los espíritus, alcanza aun á los más reacios, en quienes se filtra sin que ellos se den cuenta, fecundándolos de maneras muy variadas y singulares, que siempre llevan el sello de origen. Ejemplo de ello en España puede darnos el jesuíta Hervás y Panduro, quien, en su Historia de la vida del hombre (libro cuvo aspecto pedagógico no ha estudiado aún nadie. aunque es el que allí domina), revela bien la influencia rusoniana. Y no habrá de extrañar que, cuando se escriba la ignorada historia de nuestras polémicas pedagógicas del siglo XVIII, y en ella especialmente el capítulo de los contradictores de Rousseau, aparezcan otros igualmente influídos por las doctrinas de Juan Jacobo.

Las cuales, lejos de ser una pura manifestación intelectual del espíritu de su autor, están fuertemente ligadas con el proceso moral de éste, y constituyen, por tanto, un documento interesante de la psicología de Rousseau. No cabe dudar que la experiencia de su vida infantil, de su adolescencia y de su primera juventud; que la reflexión sobre las malas influencias sufridas entonces y el efecto de ellas sobre su conducta; que la clara conciencia de la responsabilidad que en sus errores y miserias correspondía á la mala educación recibida, despertaron en Juan Jacobo la preocupación del problema educativo y le hicieron investigar, con aquel entusiasmo comunicativo que le caracterizaba, los medios oportunos para apartar el alma del niño de la influencia corruptora ejercida por el medio social, conservando integra la bondad ingénita en que Rousseau, como muchos de los pensadores de su tiempo, creía firmemente. El había sido un niño maleado por el contagio, la

despreocupación ó los errores directivos de las personas que le rodearon en la infancia, empezando por su propio padre. ¡Cuán natural tenía que ser que su generoso afán reformista tomase la dirección pedagógica para prevenir en otros las faltas que él había experimentado dolorosamente en si mismo, y que hasta su muerte continuarian produciéndole consecuencias cada vez más penosas y duras, por la acumulación y petrificación de los efectos que la edad origina! Sabido es que la redacción del Emilio corresponde á la época en que va se había producido la reforma moral, por propio esfuerzo, en el espíritu de Rousseau, y en que éste, además de interesante por su orientación y por el jugo de sus ideas, empieza á ser

simpático.

En todo lo anterior de su vida, forzoso es confesar que no lo es: su sensualismo, su falta de escrúpulo moral en todas las órdenes, disgustan hondamente, tanto más hondamente cuanto que recaen en un hombre como él. Y sin embargo, el Rousseau anterior á 1752 no era más que un producto de su época, uno de tantos representantes de aquella sociedad frivola y profundamente inmoral, responsable en primer término de la corrupción de sus hijos, que apenas si encontraban medios para escapar á la acción de la masa. Ciertamente, la antipatía sigue encontrando motivos en la vida de Juan Jacobo posterior á 1752; y yo sinceramente declaro que no puedo dominar el primer movimiento, inconsciente, en ese sentido. Pero si los hechos antipáticos correspondientes á la época anterior pierden casi toda su gravedad considerando sus causas (exteriores, por lo común, al espíritu de Juan Jacobo), los nuevos aun tienen más amplia y satisfactoria explicación: va como rezagos de la ineducación primitiva, que la más enérgica voluntad no logra destruir (escudriñen sus propias conciencias los acusadores implacables y vean si, aun partiendo de mejores principios, logran siempre ahogar sus pasiones y debilidades), ya como efectos de una enfermedad mental que merece la más profunda conmiseración.

El mismo Juan Jacobo comprendió que su vida v su carácter necesitaban una defensa, una explicación que atenuase su responsabilidad personal, y entonces escribió las Confesiones, de lectura desagradable, como lo son todos los sondeos en el alma humana, todos los «exámenes de conciencia» sinceros, pero que llevan, en su misma despiadada franqueza (caso aparte de su exageración imaginativa), el más fuerte derecho al perdón que un hombre puede invocar. Y nuestro perdón es tanto más amplio, nuestra invencible antipatía del primer momento se trueca tanto más pronto, por fuerza de reflexión, en simpatía, cuanto que, por bajo de todo eso, perdura la fundamental bondad del corazón de Rousseau, que á cada paso brota y sale á la superficie, cubriendo las mayores flaquezas; su empeño de la propia reforma, cuyo valor no alcanzarán nunca á comprender los que salieron de los pantanos de la vida ayudados por la mano fuerte de un guía amoroso, y el fondo ético, el único fecundo, de su programa revolucionario.

Los biógrafos y críticos de Rousseau están hoy contestes en afirmar que el revolucionarismo de Juan Jacobo fué más interno que externo. No es, por de contado, un simple destructor de las instituciones cuyos males censura. La importancia de su doctrina no está en lo que niega, sino en lo que

afirma. «Prácticamente-ha escrito en fecha reciente G. Lanson-, Rousseau es lo menos revolucionario que cabe ser. Mantiene de buen grado, en todos los países, las instituciones tradicionales, incluso, en Polonia, el liberum veto y las confederaciones; pero se esfuerza por que circule en la nación un soplo igualitario y liberal, y su revolución genuina se verifica más bien inculcando principios en los corazones que derribando tronos y promulgando constituciones políticas... Quiso decir que de nada serviría cambiar las instituciones en un Estado despótico; necesario es, en primer término, cambiar el espíritu de los hombres mediante la educación.» ¿Y no es esto lo que luego han proclamado los escritores que representan la reacción contra la ineficacia de los cambios exteriores, los revolucionarios que calan más hondo en el problema de la reforma humana? Al lado de esto, ¿qué valen los errores de detalle, las inconsecuencias que producen, verbigracia, la doctrina intolerante en materia de religión, del Contrato social, las impertinencias y debilidades de un espíritu enfermo y agriado?

Seamos indulgentes y agradecidos y consideremos elevadamente la obra y la figura de Rousseau. La estatua de Montmorency ha de recordárnoslo en uno de sus períodos de mayor paz y equilibrio, de más fecunda elaboración ideal.

Merced à ella (y à otros hechos coincidentes de que en seguida hablaré), Rousseau es de nuevo

una actualidad en el mundo.

Cierto es que ni sus doctrinas ni su persona, desde que adquirieron nombradía, han cesado de preocupar á los hombres de ciencia, á los historiadores y á los literatos, y buena demostración de ello es el crecimiento constante de la literatura de

BIBLIOTECA UNIVERSES. M. CALFONSO REYES.

ra rusoniana. Pero lo general ha sido, durante mucho tiempo, considerar á Rousseau como una figura histórica, de influencia sumamente lejana y débil sobre las ideas actuales, sino ya como cosa enteramente acabada y cuya época pasó por completo. Esto, entre los hombres de cultura superior. En cuanto al «gran público», Rousseau era para él, ó un autor viejo, arrinconado va por las nuevas corrientes de la política y de la filosofía jurídica y muy inferior á su fama, ó un loco, que perturbó al mundo con sus teorias, y del cual lo

mejor es no acordarse.

Pero Rousseau redivive y se impone de nuevo á la atención de las gentes. El hecho mismo de que un crítico como Lemaitre le haya dedicado varias conferencias, de gran resonancia entre los nacionalistas franceses, prueba que no es fácil sustraer el espíritu á la honda sugestión que de Juan Jacobo emana. Muy cierto que las conclusiones de Lemaitre-de escasa novedad todas ellas-confirman aquel juicio vulgar à que antes he aludido. Rousseau fué, en suma, para el crítico francés, «un extranjero, un enfermo perpetuo, un loco»; pero un hombre que sólo es esto, no puede inquietar á una inteligencia como Lemaitre, ni de él puede provenir ninguna «fatal grandeza de acción» sobre la sociedad. Hablando contra Rousseau, Lemaitre ha reconocido y legitimado la influencia ideal del gran suizo sobre el mundo moderno.

Y, en efecto, hay actualmente un fenómeno sumamente instructivo, que Lemaitre, si es que lo conoce, ha tenido buen cuidado de dejar en la sombra. Ese fenómeno es el nuevo predicamento de que hoy gozan, entre los sabios alemanes, las doctrinas de Rousseau. Los más ilustres juristas

germanos, los políticos y filósofos del Derecho, vuelven ahora al estudio del Contrato social, ensalzan el valor y la significación de sus ideas, determinan su inmenso poder fecundante en todo el proceso del pensamiento moderno, y aun llegan à decir que el mismo Kant no se explica sin Rousseau, en cuya teoría jurídica encuentra la de aquél su raiz y su savia. Para quienes saben que la Filosofia del Derecho es todavía, esencialmente, kantiana en los más de los escritores que influyen en el mundo, esa afirmación ha de tener una importancia colosal, que refluye toda entera sobre el arrumbado autor del Emilio.

Y no son éstos los signos únicos de la resurrección rusoniana. Hay otros que, en esfera menos técnica, y por tanto más accesible al público, mantienen la actualidad de este asunto.

Es uno de ellos la constitución en Ginebra de la Sociedad «Juan Jacobo Rousseau», en la cual se han congregado hombres de todos los países y que, aparte la preparación de una completa bibliografía que abarque todas las ediciones, traducciones, imitaciones, obras de discípulos, biografías, críticas, etc., del gran escritor ginebrino y el enriquecimiento del museo de recuerdos á él referentes, publica unos Anales que han llegado ya á su segundo tomo, y en los que van dándose á luz no pocas cosas inéditas de Rousseau.

España está en el deber de colaborar en esa obra, porque nuestra nación, como todas las del mundo civilizado, ha sentido hondamente la influencia de Rousseau en lo político y en lo pedagógico. Y si alguno de nuestros eruditos, formando conciencia de su especial obligación en este caso, acudiese á enriquecer la actualidad rusoniana con un estudio, siquiera con una bibliografía que aportase materiales para la historia de la difusión que en España alcanzaron las ideas de Rousseau en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX, podríamos quedar orgullosos de un concurso que representaria nuestra reincorporación, en este orden de cosas, á la obra científica internacional, en que afirman su personalidad los pueblos cultos.

## Lecturas retrospectivas

Soy, en términos generales, muy amigo de leer libros viejos. En esta afición no me guían propósitos sectarios, ni siquiera el de contrapesar la abundante lectura de obras modernas, cosa que sólo a posteriori, reflexivamente, admito y recomiendo. Carezco también del prurito arqueológico, que busca lo viejo por ser viejo, y muchas veces lo ve sin gozarlo. Cuando el libro antiguo es de ciencia, suelo pedirle-aparte la resurrección de estados de pensamiento que agitaron, siglos ha, á los hombres—puntos de vista, aspectos de problemas capitales que hoy yacen olvidados, que renacerán algún día y que, seguramente, son precisos para una total visión de las cosas. Cuando el libro es de literatura, de arte, á la vez que saboreo sus bellezas, le pido perdón por nuestra incurable ingratitud, por nuestra facilidad de mudanza, que relega al olvido tantas obras estimables y roba al espíritu tantos momentos de pura recreación. Ley forzosa de nuestra actividad intelectual es ésta. En el acervo común de la humanidad no caben más que algunos libros, algunos nombres, muy pocos, entre los miles que cada siglo va produciendo.

No tenemos tiempo ni fuerzas mentales para más. Obligadas á elegir, las generaciones son inexorables; y aunque es dudoso que se equivoquen, negando fama á una obra maestra, es seguro que hunden en la obscuridad muchas páginas deliciosas, capaces de producir eternamente (en la eternidad relativa de las cosas humanas) emociones inefables. Dichosa vida aquella que puede, de vez en cuando, robar unos minutos á las preocupaciones del presente y á las imposiciones de la tradición, para buscar en el montón de los maestros, de los olvidados, algo con que renovar sus impresiones! El día que todo hombre pueda hacer esto, por iniciativa propia ó guiado por una mano maestra, se habrá cumplido uno de los artículos del programa edonista, que es, noblemente entendido, el programa supremo de la humanidad en la tierra.

Siempre que visito un museo de pinturas, renuevo estas ideas, que hieren más agudamente la imaginación entonces que cuando se recorren las tablas de un depósito de libros. La última vez que así pensé fué no hace mucho, en la Galeria degli Uffizi, de Florencia. La mayoría de los visitantes va derechamente á la contemplación de unos cuantos cuadros, que la fama y la crítica consagran. No hay tiempo ni cabeza para más; pero si en vez de seguir á la masa os dedicáis, sin prisa, á escudriñar en los muros interminables la inmensa serie de los pintores primitivos (la gran riqueza, la sorpresa inenarrable de los museos florentinos), ¡cuántas tablas medianas, obscuras para los que sólo acuden á las cimas, os producirán éxtasis inefables, harán vibrar las fibras más intimas de vuestros nervios!

Si buscáis en el Baedeker, quizá falta la indica-

ción de aquellos cuadros: no importa; vosotros los habéis sentido, y eso basta para incorporarlos al grupo de las obras que los hombres deben bendecir. En esos hallazgos, en esas reivindicaciones, ya es sabido que juegan principalmente el temperamento de cada visitante, su historia v orientación mental, y aun el estado de su espíritu aquel día; pero así son los placeres de los hombres, y cuanto más elevados, más así son. En lo que suelen parecerse y confundirse todos, es en la animalidad. Si pudiéramos saber tanto de historia literaria, que nos fuese dado señalar para cada alma, para cada aspiración, para cada alegría ó tristeza, el libro propio, ¡cuántos servicios podríamos prestar á nuestros semejantes, cuántos momentos dulces añadiríamos á nuestra vidal

\* \*

Victor Hugo ha envejecido muchísimo, no cabe negarlo. De su obra, gran parte quedará anegada, se obscurecerá en el olvido; pero hay algo en él que no perecerá nunca. Concretamente, acabo de verlo así en Los trabajadores del mar. Aquella serie inacabable de imágenes, de comparaciones, en que se agota y se diluye la descripción de las cosas, fatiga y os hace sonreir á menudo. Muchas de las extravagancias que ahora nos sorprenden en los modernistas, están ya allí y desentonan terriblemente el cuadro general que, desmochado de pormenores de frase, tiene siempre una grandeza apenas igualada por otro escritor de nuestros días. La ironía constante que ilumina el estilo de Victor Hugo con una sonrisa cruel, desempalaga el espíritu de las dulcedumbres románticas que hicieron las delicias de nuestros abuelos.

Hinchado, sobradamente epopéyico casi siempre, Víctor Hugo es, no obstante, un paisajista de primer orden; y en los Los trabajadores del mar hay pasajes que se graban tan enérgicamente en la memoria como muchos pasajes del sobrio, ro-

busto, preciso cantor de la Odisea.

Ya podéis figuraros que en mi lectura he ido derechamente à buscar cuatro de los libros de la novela: los que se titulan El escollo, El trabajo, La lucha v El doble fondo del obstáculo, es decir, todos los de la segunda parte. A los lectores de tierra adentro y á los que pasan por las costas sin ver en ellas la Naturaleza, podrá parecerles fantasía todo lo que allí dice Víctor Hugo. Yo os puedo afirmar, bajo mi palabra honrada de observador, que salvo una parte, la que á la acción, sobrado heroica, de Gilliat, se refiere, lo que allí se cuenta no puede contarlo sino quien hava visto minuciosamente, detenidamente, con ojos de poeta, sin duda, pero también con ojos que retratan fielmente la realidad, las mareas, los escollos, las tempestades, las calmas, los atardeceres, la fauna y la flora de los mares atormentados como el que bulle alrededor de las islas normandas. Libro en mano, he vuelto, hace pocos días, en las horas de las grandes bajamares, á recorrer las rocas de mi costa, á saltar sobre la cima astillada de los islotes que la marea alta cubre y oculta á nuestra vista; y el mundo de Gilliat ha reaparecido ante mi, haciéndome comprender mejor que nunca aquella alma de poeta, que supo estremecerse con la divina emoción, lo mismo ante las grandes luchas de los hombres que ante las obras y las agitaciones de la Naturaleza.

## Lecturas italianas

En España se leen pocos libros italianos (me refiero á la masa común de lectores), y es lástima que así suceda, no sólo porque en Italia se produce mucho bueno original, sino también porque se traduce casi todo lo notable de las literaturas que más dificilmente llegan á nosotros. Esto lo saben bien algunos de nuestros editores, para quienes la diligencia de los italianos ahorra la utilización de los originales alemanes y rusos, que se pagan más.

Pero el comercio intelectual de Italia no se reduce á la transformación en habla común de los novelistas, dramaturgos, poetas, etc., de otros países, sino que se extiende á todos los ramos del saber. Puede decirse que el principal órgano de comunicación entre los escritores científicos de Alemania y el público latino, lo representan los traductores italianos, y esto ya desde fecha remota en el siglo XIX. Hoy día, rara es la semana en que no ostentan las librerías de Turín, Florencia, Milán y Roma, algún libro tudesco reciente, vertido en el habla de Leopardi y Manzoni, y eso que la mayoría de los hombres cultos de la península